

LA GRAN VICTORIA NAVAL ESPAÑOLA DE 1582 FRENTE A LA ISLA DE SAN MIGUEL EN LAS AZORES

Ernesto IGLESIAS ALMEIDA
Cronista oficial de la ciudad de Tui



N este artículo quisiera reproducir lo que vivió y posteriormente describió un testigo visual de la famosa batalla naval frente a la isla de San Miguel en las islas Azores, en que las fuerzas españolas estuvieron al mando de don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz.

El testigo de excepción en cuestión era un clérigo, don Gaspar Fructuoso, quien fuera vicario de la iglesia matriz de la villa de Ribeira Grande, en la propia isla de San Miguel, nacido en 1522 en la villa de Ponta Delgada de la misma isla y que había hecho sus estudios en Salamanca.

Es muy reconocida su probada instrucción, curiosidad y letras. En su obra *Saudades da terra* (1) hace una amplísima y detallada relación de todo lo acontecido en aquella batalla por la cual Felipe II conquistó los últimos reductos rebeldes para el total dominio del reino de Portugal.

En este interesante relato, aquí muy extractado, se citan numerosos nombres de personajes y navíos, así como los pormenores en cuanto al sistema organizativo de la batalla. También aparecen detalles anecdóticos que nos hablan de las costumbres y usos en este tipo de batallas, lo que sin duda constituye un documento de gran valor histórico.

(1) FRUCTUOSO, Gaspar: *Saudades da Terra*. Libro 4.º, cap. 7. Reproducido en *Arquivo dos Açores*, vol. II, pp. 389-457. Universidade dos Açores. Ponta Delgada 1986.

Antecedentes históricos



Tras la muerte en Alcazarquivir del rey portugués don Sebastián, sin descendencia, mientras guerreaba contra los musulmanes por la conquista de aquellas plazas del norte de África, en las que con él también pereció lo más destacado de la nobleza portuguesa, quedó vacante el reino de Portugal.

Ante tal circunstancia, fueron varios los pretendientes al trono que compitieron con Felipe II, que era el más firme candidato por ser hijo de Isabel de Portugal, la hermana mayor del desaparecido rey, y de Carlos V. Antes de su anexión, Felipe II había adquirido el compromiso de respetar todos los organismos políticos y administrativos de aquel reino independiente. Su principal oponente era el llamado don Antonio, prior de Crato, hijo ilegítimo del infante don Luis, a quien habían

aclamado como rey muchos portugueses, pero que no había podido reunir un ejército suficiente.

El imperio portugués se había desgastado en recursos humanos, estimándose en un millón de personas su población, y su comercio con Oriente también estaba en declive por la falta de oro y plata. Era una sociedad en decadencia y su burguesía estaba empobrecida como consecuencia de la crisis. El prior de Crato fue derrotado y herido en la batalla del puente de Alcántara por el duque de Alba, quien había sido el encargado por Felipe II para la conquista de Portugal, empresa que realizó en cuatro meses. Para reunir nuevas fuerzas, el prior intentó regresar a Lisboa, encontrando las puertas de la ciudad cerradas, y sin ayuda fue escapando por los montes hasta que logró, en la playa de Setúbal, embarcar en un navío inglés que lo llevó a aquel país, pasando luego a Flandes y Francia. En este último país logro contactar con la

reina madre, Catalina de Médicis, también candidata al trono de Portugal aunque en menor medida, la cual le prestó ayuda mediante una poderosa flota, con la que llegó al último reducto que le quedaba en una de las islas Azores, la llamada Terceira.

Los prolegómenos de la batalla naval de las Azores

Para reforzar el poder real en las islas Azores, Felipe II escogió como gobernador y capitán general mayor a Ambrosio de Aguiar Coutinho, hijo de Pedro Affonso de Aguiar, proveedor de los almacenes en el reino de Portugal; el cual partió para las Azores el 20 de abril de 1581. Al ser rechazado en la isla Terceira se refugió en la isla de San Miguel.

En el verano del mismo 1581, llegó una armada compuesta de siete navíos gruesos, de la que era general don Pedro de Valdez. Al mismo tiempo llegaban también para esperar a los navíos de Oriente —Guinea, Mina y otras partes— con una ayuda de 1.000 hombres. Su plan era esperar el momento adecuado para unirse con don Lope de Figueroa, que vendría de la isla Terceira, pensando que sería necesaria poca gente y buena para que se rindiesen los sublevados de la isla.

Los referidos siete navíos de Pedro Valdez, que traían un valeroso grupo de soldados, llamados viejos, muy esforzados, tal como habían demostrado, se trasladaron a la isla Terceira para que con el gobernador Ambrosio de Aguiar redujesen la isla en nombre de Felipe II. La resistencia fue mayor de lo que esperaban y en el intento de la conquista murieron muchos hidalgos castellanos, entre lo cuales se encontraba don Luis de Bazán, sobrino del marqués de Santa Cruz, y un sobrino del duque de Alba. En esta batalla se habían empleado 22 naos, entre ellas dos grandes, y galeones. Ante los contratiempos que había tenido Pedro Valdez cayó en desgracia y se retiró a su casa de Asturias.

El marqués de Santa Cruz, enterado de la muerte de su sobrino en esta empresa de las Azores, trató de vengarla y pidió licencia a Felipe II para armar una flota para la definitiva conquista de los rebeldes, en particular de los de la isla Terceira. Para ello fue nombrado por el rey general mayor de Mar y Tierra, tratando de juntar una armada para tal efecto.

Con tal motivo se trasladó a El Puerto de Santa María donde secuestró cuantas naves y navíos allí se encontraban. Se trataba de naves gruesas aragonesas, tomando por cabeza a Francisco Moreno y a Francisco de Benavides, los que entrado el mes de mayo zarparían rumbo a la isla de San Miguel.

La misma operación que había hecho el marqués de Santa Cruz en El Puerto de Santa María la realizó en Lisboa con los galeones allí surtos en aquel momento. En enero de 1582 comenzó a ordenar la armada, tomando tropas del Tercio de Flandes y de La Liga, unos 10.000 hombres, logrando reunir 40 naos y nombrando maestre de campo a don Lope de Figueroa.



En el mes de abril de 1582, con anterioridad a la formación de la escuadra que preparaba el marqués de Santa Cruz, Felipe II había enviado una armada ligera de cinco naos, compuesta por el galeón *San Cristóbal*, al mando del capitán Cosme Nobo; la nao almiranta llamada *Bon Jesús*, de Vila do Conde, al mando del capitán Sebastião Gonçalves de Alvellos; la carabela *Victoria* con el capitán Manuel Simões; la carabela *Espírito Santo* con el capitán Pero Mexia; la carabela *San João*, fletada, pues no era del rey, a João Rodrigues Cordeiro, y la carabela *Mexiriqueira* de Manuel Jacomé Siguela. Tal armada había salido de Lisboa para esperar a las naos invernadas de la India. Escapando de algún enemigo se habían recogido en la isla de San Miguel, donde fueron recibidas por el gobernador Ambrosio de Aguiar. Después de estar ancladas en Ponta Delgada vieron que en el mismo puerto se hallaban surtas dos naos inglesas, las cuales fueron confiscadas, poniendo al mando de una de ellas al capitán Manuel Cordeiro de San Payo, juez del mar, y de la otra a Ruy Vaz de Medeiros, capitán de infantería.

El 23 de mayo se divisaron cerca de la isla nueve naos que formaban parte de una flota que estaba en apoyo del pretendiente al trono portugués, don Antonio, el prior de Crato. Venía como general el francés *monsieur* de Landoi, teniendo como capitán a su sobrino, *monsieur* de Lacre. Sin dar batalla para la conquista de la isla de San Miguel, viendo que no tenían fuerza suficiente, desistieron del intento retirándose a la isla Terceira, reservando el ataque para otra mejor ocasión y con mayores fuerzas.

Entretanto llegaron a la isla cuatro naos armadas de Guipúzcoa, mandadas por Pedro Peixoto, con cuatro compañías de soldados españoles al mando del cabo don Lorenzo Cenaguera, que Felipe II mandaba para defender en tierra. Al final se acordó que uno defendiese el mar y el otro la tierra, quedando Pedro Peixoto en la armada y don Lorenzo en la fortaleza, bajo las órdenes del general gobernador Ambrosio de Aguiar Coutinho, que en pocos días, el 5 de julio, fallecería de una enfermedad. A su muerte quedó como gobernador el capitán Alexandre y, finalmente, se determinó fuese nombrado Martín Affonso de Melo hasta que llegase don Ruy Gonçalves de Cámara, conde de Vila Franca do Campo.

El 15 de julio de ese mismo año de 1582 llegó a San Miguel el prior de Crato con una gruesa armada compuesta de 60 navíos, entre grandes y pequeños, con 8.000 soldados bien armados y por general en jefe el capitán Philippe Strosse, hijo de Pedro Strosse, que fuera general de campo del rey de Francia. Viendo Pedro Peixoto la imposibilidad de hacer frente a aquella importante armada, mandó hundir sus naves para que el enemigo no pudiese aprovecharse de ellas, quedando solamente las cuatro vascas, que finalmente fueron apresadas por el enemigo.

Las tropas españolas se refugiaron en las fortalezas de la isla, quedando don Lorenzo como capitán de una compañía de castellanos en la punta de Santa Clara y don Juan del Castillo junto a la ermita de Corpo Santo (San Telmo) con los del pueblo, unos 1.500 hombres.

El prior de Crato hizo llegar a la isla una lancha con un embajador con bandera blanca que llevaba una carta para Pedro Peixoto, la que no pudo entregar en mano. El contenido de la misma era de rendición incondicional; de lo contrario, serían conquistados.

Finalmente el prior de Crato desembarcó 3.000 soldados, y don Lorenzo Cenaguera se retiró con sus tropas a los altos de la isla, mientras otros escaparon en un barco a Lisboa para poner en aviso a Felipe II.

Las tropas francesas de don Antonio saquearon los alrededores e instaron a don Juan del Castillo, capitán de la fortaleza que se encontraba con el gobernador Martín Affonso de Melo y el obispo don Pedro del Castilla, a la rendición. Los sitiados le contestaron que la fortaleza era del rey de España.

Enterado el prior de Crato de la inminente llegada de la armada del marqués de Santa Cruz, reembarcó sus tropas.

La decisiva batalla naval de las Azores

Nuestro testigo de excepción, Gaspar Frutuoso, nos relata aquí con todo lujo de detalles en qué consistió esta gran batalla y la refriega principal que permitió el dominio total de Felipe II sobre el territorio insular de Portugal.

La Armada del marqués de Santa Cruz traía como maestre de campo y general a don Lope de Figueroa, victorioso en Lepanto, Granada, Navarra, Túnez y Flandes. Venía acompañado de 1.300 soldados viejos del fuerte Tercio de la Liga, junto con don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca; don Pedro de Bobadilla, por maestre de campo de la armada con 2.000 soldados manchegos y toledanos; don Cristóbal de Eraso, por general de la Armada de las Indias; el marqués de Tábor, don Pedro de Tharses, con otros muchos caballeros, y 500 tudescos situados en tres urcas flamencas. En total se habían juntado unos 4.500 infantes, además de los llamados entretenidos: aventureros hidalgos o caballeros andaluces, manchegos, castellanos, gallegos y portugueses.

Con toda esta gente había salido el marqués de Santa Cruz del estuario de Lisboa el 10 de julio de 1582. La armada estaba compuesta por 28 naos, tres de ellas habían partido al día siguiente con cinco pataches pequeños. La flota salió sin esperar a las 19 naos, dos galeones, 12 galeazas y dos pataches que estaban aparejados en Andalucía. Al cabo de tres días, a la altura del cabo de San Vicente, por causa del mal tiempo, una nave aragonesa en la que iban tres compañías viejas de Flandes, las medicinas, con sus oficiales del hospital y cirujanos, tuvo que dar vuelta alegando que hacían agua. Con la mejoría del tiempo y al cabo de tres días la escuadra tuvo a la vista la isla de San Miguel,



La batalla naval de las Terceras. Sala de las batallas del Monasterio de El Escorial. Patrimonio Nacional.

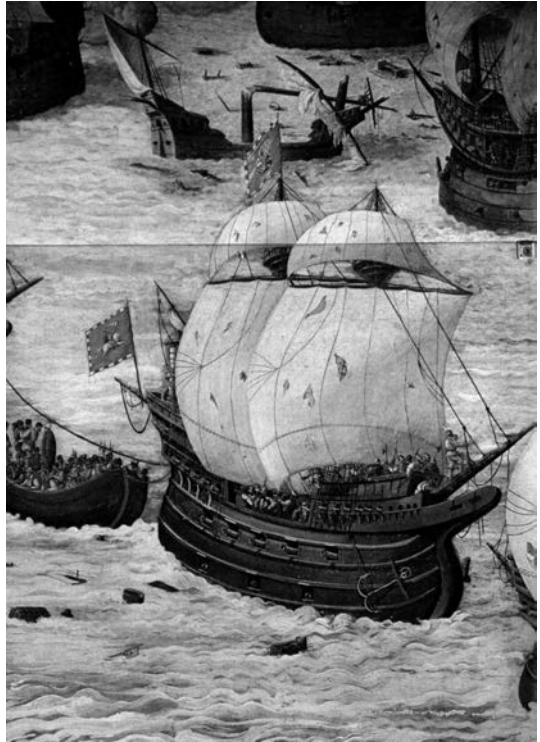
el 21 del mismo mes de julio. A su llegada se le comunica al gobernador Ambrosio de Aguiar que en la armada llegan embarcados 5.000 soldados, incluido el tercio de don Lope de Figueroa con los 1.800 de Flandes, además de los 200 hidalgos y personas particulares. A la otra armada, procedente de Cádiz, se la esperaba en horas con otro tanto número, calidades y otros 5.000 infantes, incluidas cinco banderas del tercio viejo de Flandes. Asimismo se le pedían noticias de la armada francesa y se le informaba que, sin esperar a la flota de Andalucía, iba a combatirla. Igualmente que le dijese a Pedro Peixoto que difundiese una orden para seguir con la armada.

Las tres naves que habían salido un día después de Lisboa llegaron el día siguiente a la isla, una de ellas cargada con caballos.

Nada se sabía de la armada francesa, aunque días después ya se habían divisado varias naves hacia la parte de la ciudad de Ponta Delgada, donde se podían contar más de 60 naos entre grandes y pequeñas.

Ante esta situación, el marqués de Santa Cruz dijo a sus capitanes: «Bien vemos la enemiga armada con gran cantidad de velas más que la nuestra, mas no tan buena y con tanta honrada gente y con la ayuda de Dios, si el viento me es favorable, le daré batalla y si no cuando o sea el enemigo lo aguardaré y pelearé con él hasta desbaratarlo». Decidiéndose dar batalla, se disparó una pieza de artillería por señal de la misma y mandó tremolar el estandarte de guerra.

El orden de batalla fue el siguiente: colocó dos galeones flanqueando al *San Martín*, que era la nao capitana; a la derecha el *San Mateo*, al mando de don Lope como mariscal de campo general; a la izquierda, otra nao, al mando de don Francisco de Bobadilla, con cuatro naos de socorro. Las 10 naos guipuzcoanas con las demás iban al mando del capitán Miguel de Oquendo y Villavi-



Galeón español del siglo XVI. Buque insignia de don Álvaro de Bazán. Monasterio de El Escorial. Patrimonio Nacional.

ciosa, quedando descolgada la de don Cristóbal de Eraso por problemas en las velas. Estuvieron aguardando la hora de la batalla y el marqués de Santa Cruz dio la siguiente orden para los navíos: en el galeón San Martín, que era la nao capitana, en el castillo alto de popa estuviesen 20 hidalgos y arcabuceros con 20 mosqueteros; en la parte baja de la misma, los hidalgos portugueses, además de don Diego de Castro, que estaba en la parte alta con 20 arcabuceros y seis mosqueteros; debajo de la parte alta que estuviesen de socorro don Antonio de Pessoa, don Luis Osorio, don Gonzalo Ronquillo, el coronel Mendinara, el capitán Quesada y otros cuatro arcabuceros. En la plaza del galeón 40 arcabuceros por banda a cargo del capitán Gamboa. Junto a la cámara de popa, que estuviesen en el cuerpo de guardia 40 soldados, los hombres más particulares que habían sido oficiales, a cargo del capitán Agostinho de Ferreira. Para acudir a las partes donde hubiese más necesidad, en el castillo de proa, Juan Baptista Sansón, hidalgo milanés, con los sargentos de los capitanes Agostinho de Ferreira y Gamboa, con 15 arcabuceros y 10 mosqueteros. En la gavia mayor, el alférez don Francisco Scello, con ocho mosqueteros y otros seis el trinquete. En la cubierta baja, donde está la artillería gruesa, los capitanes don Cristovan da Cunha Escobedo, don Juan de Alier y los alféreces Fausto y Espinel; en cada pieza un artillero con seis ayudantes. En la artillería de cubierta alta, Marcelo Gariciolo y el servicio, como la de abajo. En la guarda de la pólvora, el capitán Grimaldo con cuatro marineros. Además mandaba estar por popa del galeón una falúa y cuatro pataches para dar recados, órdenes y otros servicios. Hecho esto, se ordenó, con mucho estruendo de pífanos y tambores, izar banderas y estandartes amarillos, azules y blancos y embestir al enemigo, el cual hacía lo mismo, con sus banderas amarillas, anaranjadas y negras, con sus navíos a la retaguardia.

A causa de la calma del viento no se pudo combatir ese día, retirándose a la mar y sin tener contacto con tierra. Durante la noche envía una carta a la fortaleza comunicando el número de barcos y tropa de la armada del prior de Crato y la posibilidad de arrimar la flota a la fortaleza. Por este correo se le puso al tanto de las correrías que habían hecho los enemigos en la isla y su prisa en abandonarla.

Al día siguiente, el lunes 23 de julio, trataron de entablar batalla, teniendo a favor del enemigo el viento y el sol, que ya había dejado 10 naos a lo largo de la costa, ya que por calmar el viento se desviaron de la misma.

El martes, día 24, la armada enemiga, con viento a favor, hizo un nuevo intento, pero, ante los elementos adversos, el marqués de Santa Cruz salió de nuevo a la mar. Durante la noche, aprovechando el viento a favor, la armada francesa trató de apartar seis naos españolas con el fin de debilitar la armada y con más facilidad dar batalla antes de que llegasen los refuerzos de Andalucía.

Previo la batalla, el prior de Crato se trasladó en una fragata con el estandarte real en popa a la isla Terceira buscando algún refuerzo más para la flota francesa.

Amaneciendo la víspera de Santiago Apóstol, la capitana francesa con siete galeones trató de embestir al *San Miguel* y al *San Mateo*; ante la fuerte respuesta de la artillería de nuestra capitana y la de otros galeones que vinieron en su ayuda, los franceses iniciaron la retirada, separándose ambas armadas a la caída de la tarde.

Amaneciendo el día de Santiago, con poco viento, se presentó de nuevo la armada francesa. En este trance solamente se pudieron lucir las ricas armas doradas, penachos, hermosas banderas y estandartes con sus trompetas y tambores sonando, logrando con ello espantar a los franceses. De esa manera el marqués de Santa Cruz trataba de ganar tiempo para que llegase la armada de Andalucía ante la gran superioridad de la enemiga, ya que contaba en total con sus 25 naos.

En la mañana del 26 de julio, día de Santa Ana, volvió la armada francesa a la búsqueda de la española con buen orden y viento a su favor, fundándose en guarnecer sus más fuertes galeones, unos 10 o 12. Seis o siete de estos acometieron al *San Martín* y al *San Mateo*, incluso con naves de refresco, con el fin de rendirlos.

El marqués de Santa Cruz hizo juntar las naos, pero el *San Mateo* quedó atrás. El maestre de campo don Lope de Figueroa, de quien dependía la mayor parte de la batalla, determinó darla al enemigo con la misma organización de los días anteriores. Luego arengó a sus tropas recordándoles lo que eran los franceses, los mismos que habían derrotado en Flandes en numerosas batallas, habían prendido a sus capitanes, a los mejores caballeros de ellos, y que habían visto en un día cortar 5.000 cabezas y otros 3.000; de los banquetes que se habían dado con las victorias por todos aquellos países y lugares de Italia, disfrutando de las putas de Florencia o de Milán y de las rameras de Apulia y de Calabria. Finalmente los encomendó a Dios y les recordó la gran victoria de Lepanto de don Juan de Austria contra el turco, que también era superior en velas y gentes. Ya era tiempo de armas y los soldados prometieron hacer todo lo posible, con la ayuda de Dios, del apóstol Santiago y de la bienaventurada Santa Ana, de hacer *piñatas* y *panellas* de los franceses.

Así, los franceses comenzaron a embestir los dos galeones, la capitana y almiranta. Al mismo tiempo fueron sobre el *San Martín* otras dos naos francesas con ráfagas de artillería y arcabucería, hundiéndose una de ellas ante la respuesta de los españoles y retirándose las otras en el intento.

Peleaban al mismo tiempo la capitana francesa con el *San Mateo*, defendiéndose valerosamente y respondiéndole con muchos tiros de artillería al enemigo.

Viendo el marqués de Santa Cruz que tenía a la armada francesa por la popa y el aprieto en que se hallaba el *San Mateo*, hizo virar a su capitana en vuelta a los enemigos, lo mismo se hizo con las otras naos. De esa manera lograron embestir a la almiranta francesa que peleaba con el *San Mateo*. Después llegó la nao de Miguel de Venecia, sobrepasando por delante. La *San*



Mateo tenía en popa una de Vila Vizosa, en la que había muerto el capitán. La nao de Oquendo, que tenía por proa, había apostado mucha gente en ella y comenzaron a asaltar a la capitana francesa tomándole cuatro piezas y las banderas.

Estando ya entablada la batalla entre las otras naos, fueron los franceses a socorrer a su capitana, metiendo dentro de ella más de 300 hombres frescos, separándose de la *San Mateo* y de la nave de Miguel de Venecia.

En este momento ya el marqués de Santa Cruz había dado vuelta sobre los contrarios con mucha artillería y, proa a proa con la capitana francesa, se embistieron por espacio de una hora que tardó en rendirse. En el momento se degollaron más de 300 franceses, y caballeros e hidalgos que estaban en los castillos. Igualmente hicieron los capitanes Agustín de Ferrer y Gamboa y sus alféreces.

El marqués de Santa Cruz, como general en jefe, estaba en el castillo animando a su gente y haciendo cargas de artillería a los enemigos. La artillería de las cubiertas alta y baja era muy efectiva. La batalla en las otras naos se proseguía dando y recibiendo muchas cargas.

Asimismo pelearon muy bien las naos de don Miguel de Córdoba, Cristóbal de Paz, Pedro de San Esteban, Diego Colona, don Juan de Vivero, Casio de Aser, Diego de Salazar y Juan de Bolaños, teniente general de artillería. La batalla duró cuatro horas, al fin de las cuales las naos francesas se dieron a la fuga, muy maltrechas.

El prior de Crato se había marchado la noche anterior en busca de refuerzos a la isla Terceira.

En la batalla se habían hundido algunas naos francesas y otras habían quedado desamparadas, habiendo sido degollada dentro toda la gente. Otros pudieron escapar en los navíos que se daban a la fuga. El marqués de Santa Cruz mandó que se quemasen y hundiesen las que pudiesen. Se cobró la carabela que tenían los enemigos con los caballos. En la capitana francesa se degollaron 400 hombres, más los que habían entrado de socorro, lo que en total ascendía a 700. En la almiranta se sabe que habían muerto más de 200 hombres. En una nao que se fue al fondo se ahogaron 300 soldados, salvándose solamente el capitán. En las demás naos se degollaron muchos hombres, especialmente en una que habían rendido dos naves de Guipúzcoa, por lo que

habían muerto algunos vascongados, con lo que decidieron acabar con todos.

De los enemigos habrían muerto en la batalla 1.200 hombres, sin contar los heridos, que fueron muchos. Las naves francesas que escaparon dejaron abandonada a mucha gente.

Algunos portugueses pelearon valerosamente en la batalla, como fue Diogo Vaz Rodo de la isla Terceira en el *San Mateo*, que fuera antes capitán de una nao; Fernando de Villalobos, y un hidalgo llamado Federico Carneiro, licenciado en artes y teólogo.

Felipe Strosse, herido, fue hecho prisionero y con otros más fue llevado al *San Martín*, donde murió. El conde de Vimioso fue recibido por el marqués de Santa Cruz con blandas y dulces palabras. Le preguntó por don Antonio, el prior de Crato, y también por qué habían dilatado en dar batalla teniendo tanta armada, gente y tan próspero viento. El conde le respondió que, teniendo Strosse la victoria por cierta, quería que le pagasen lo que había gastado, mientras que el prior, al contrario, quería que se tomase la armada española y, con ambos fuegos, las naos de la India, que no podían tardar mucho. De ellas obtendrían tanto oro que bastaría para pagar lo que se había gastado y aun tres veces más, momento en que se decidiría dar batalla.

El proyecto de don Antonio era conquistar la isla de San Miguel conjuntamente con la Terceira y reducir a la de Madeira, juntando así un millón en oro. Tendría con qué defender su partido y, junto con los correos de Indias, haría liga con los franceses que había concertado con la reina madre doña Catalina de Médicis, y después tomaría el Reino de Portugal.

En esta batalla naval por parte española habrían muerto unos 300, quedando heridos unos 500 o más, que habían sido curados en la Casa de Misericordia de Vila Franca y en el Hospital y Casa de Misericordia de Ponta Delgada,



de donde era proveedor el obispo don Pedro del Castillo, que los hizo curar con mucha diligencia.

En resumen, los muertos y heridos en la batalla naval fueron como sigue:

En el galeón *San Martín*, nao capitana: 15 muertos y 70 heridos; galeón *San Mateo*: 40 muertos y 74 heridos; nao *María de Guipúzcoa*: 45 muertos y dos heridos; nao *San Vicente*: 27 muertos y 28 heridos; nao *Santa María de Iciar*: cinco muertos y 17 heridos; nao *Buenaventura*: seis muertos y cinco heridos; nao *Juana*: 13 muertos y 27 heridos; nao *Catalina*: 13 muertos y siete heridos; nao *De Oquendo*: 17 muertos y 24 heridos; nao *San Antonio y Buen Viaje*: 15 muertos y 16 heridos; nao *Misericordia*: seis muertos y 13 heridos; nao *Nuestra Señora de la Peña de Francia*: dos muertos y 13 heridos; nao *San Miguel*: siete heridos; otras naos de la armada: 20 muertos y 190 heridos. Total 513 heridos y 224 muertos.

Durante la batalla, en la isla de San Miguel, religiosos y sacerdotes andaban con el pueblo haciendo procesiones y rogativas pidiendo la paz entre los principales príncipes cristianos, particularmente por la victoria de la armada española. Otros lo hacían por la de don Antonio, el prior de Crato. En general se pedía que Dios se acordara de los cristianos.

El marqués de Santa Cruz se mostró magnánimo hacia algunos nobles franceses. Pero, por lo general, fueron ejecutados los prisioneros en su mayoría, alegando que habían perturbado la paz entre Francia y España.

Felipe II había enviado una carta al rey de Francia preguntándole cómo había consentido esta armada en tiempos de paz. Respondiéndole el francés que no había tenido conocimiento de tal armada, y que en ese caso podían tratar a la misma como si fuesen corsarios traidores, ejecutándolos.

Después de la batalla, el marqués de Santa Cruz fue recibido con todos los honores bajo palio por el obispo, don Pedro del Castillo, en la iglesia matriz de Vila Franca do Campo, donde se cantó un *Te Deum Laudamus* en acción de gracias por la victoria. Desde allí se trasladaron en procesión hasta la iglesia de Nuestra Señora del Rosario del convento de San Francisco, donde escucharon la Santa Misa y la homilía de un padre castellano. Al marqués de Santa Cruz lo acompañaban los capitanes y gentes de la armada además del pueblo. Al día siguiente partió para Ponta Delgada, donde fue recibido con salvas de artillería, respondiendo la armada. Desembarcó el día de San Miguel, siendo recibido con gran alegría y contento de todo el pueblo.

Posteriormente, el marqués de Santa Cruz concedió el perdón general a los habitantes de la isla Terceira, partiendo para Lisboa el 13 de agosto de 1582.